

Las fortalezas ético-morales

R. Esteban Montilla, Ph.D.

12 de abril de 2009

A través de la historia, el ser humano ha reconocido la importancia de establecer lineamientos que le permitan guiar sus acciones con el fin de asegurarse un mejor vivir. Estas expectativas de conducta, por supuesto, han cambiado con la evolución del pensamiento humano en conexión con las realidades contextuales de cada momento histórico cultural. Sin embargo, consistentemente, las sociedades han llamado la atención hacia ideales de convivencia donde cada persona, grupo y comunidad pueda experimentar un vivir digno y pleno. Y, si bien es cierto, que la manera como se han abordados estos ideales coexistenciales han variado marcadamente a través de las edades, también es verdad que siempre han estado presentes. Dependiendo del momento histórico, lugar geográfico y contexto socio-cultural a estos ideales de convivencia se las ha llamado virtudes o fortalezas.

En este contexto, al hablar de virtudes o fortalezas nos estamos refiriendo a ciertas características y modos de vida que ejemplifican la excelencia existencial. Este buen vivir es fácil notarlo en personas o comunidades que han adoptados fortalezas ético-morales tales como el respeto, la responsabilidad, la honestidad, la lealtad y la beneficencia. Éstas, son fortalezas que se desarrollan y se afianzan mediante el ejercicio disciplinado y con la incorporación de estas en las decisiones de día a día. “La persona que es honrada en lo poco, también lo será en lo mucho; y la que no es íntegra en lo poco, tampoco lo será en lo mucho” (Lucas 16:10). La mayoría de los seres humanos tienen las condiciones biológicas, psicológicas y espirituales para vivir a la altura de estas aspiraciones éticas, pero, se requiere de la práctica sistemática para poder lograrlo. Vivir que implica estar en la disposición de aprender a desarrollar las fortalezas a través del curso de la vida. El aprendizaje y desarrollo puede comenzar con la necesidad de conocer de qué se tratan estas fortalezas.

La fortaleza del respeto implica la capacidad para reconocer el valor intrínseco que cada ser humano tiene para vivir en libertad y para elegir el destino de su vida. Significa esto que la persona, en el proceso de tomar decisiones, puede tomar en cuenta las sugerencias de su grupo y sociedad, pero, en definitiva es la propia persona quien tiene el derecho a elegir lo que considere mejor para su buena convivencia y existencia. Para mostrar este tipo de respeto hacia los demás se requiera que exista un respeto hacia sí mismo. Es decir, en la medida que una persona crea en su propia libertad y en las capacidades que tiene para tomar decisiones sabias, podrá, en consecuencia, confiar en la autonomía de las demás personas y el derecho a ser respetados. Una persona que se autorespeta decide y actúa sólo después de un análisis socio-reflexivo, por lo que, siempre estará en concordancias con sus valores, creencias y convicciones; resistiendo así cualquier viso de coerción por parte de otra persona o institución. Ahora, dentro de este contexto, la libertad del ser humano no puede usarse como excusa para perpetrar los derechos de las demás personas. “Actuar como personas libres implica el no valerse de su libertad para disimular la maldad, sino que viven como hijos e hijas de Dios dándole a todos el debido respeto” (1 Corintios 2:16-17).

La fortaleza de la responsabilidad está muy conectada con la del respeto y hace referencia a la idea que como seres sociales e interdependientes respondemos o damos cuenta de nuestros

comportamientos y conductas a los demás. Este responder tiene que ver también con aceptar y honrar las consecuencias de las decisiones que tomamos haciendo uso de nuestra autonomía o libertad de elección. Una persona responsable es aquella que se niega a culpar a los demás por las decisiones que le son propias. Es decir, que no sigue el ejemplo de Adán quien al responderle a Dios le dice “La mujer que me diste por compañera me dio de ese fruto, y yo lo comí” (Génesis 3:12). Se es responsable además cuando decidimos ser puntuales, cumplimos con nuestros compromisos, administramos con seriedad los bienes que se nos han confiado y asumimos nuestro deber social al considerar el bienestar de los demás y de nuestra comunidad. La responsabilidad individual ha de estar siempre enmarcada dentro de la responsabilidad colectiva. Las personas han de responder por sus acciones a la comunidad y sociedad en las cuales existen y se mueven, pero, al mismo tiempo, estas comunidades han de dar cuenta a las personas a quienes sirven. El dar cuenta a los demás protege tanto a las personas como a las instituciones de plagas sociales tales como la corrupción y la explotación.

El tomar responsabilidad por nuestra realidad existencial no implica que ignoremos que hay estructuras sociales y sistemas de poderes que, sistemáticamente, tratan de hacernos partícipes de prácticas cuestionables que no coinciden con nuestros valores y que, además, atentan contra nuestra integridad. Más bien el tomar responsabilidad implica que hacemos lo posible para no culpar a los demás por los resultados de las decisiones que hayamos tomado haciendo uso pleno de nuestra libertad. El Profeta Ezequiel hace referencia a un proverbio que la gente de su tiempo repetía “Los padres comen las uvas agrias, y los dientes de los hijos tienen dentera”. En este texto de manera enfática Dios prohíbe que se vuelva a repetir este dicho, principalmente, porque cada persona ha de ser responsable por sus propios actos. “Ningún hijo cargará con la culpa de su padre, ni ningún padre con la del hijo” (Ezequiel 18:1,20). El Apóstol Pablo refiriéndose a la responsabilidad social de la comunidad de fe anima a sus seguidores a que “cada uno cargue con su propia responsabilidad” (Gálatas 6:5).

La fortaleza de la responsabilidad se traduce en una vida comprometida con la excelencia desde donde fluye una paz contagiosa que irradia todas las dimensiones de una persona y se extiende a su vida comunitaria. Esta fortaleza tiene una trayectoria que ocupa el pasado, el presente y el futuro. En este sentido actuar de manera responsable es prepararse para el futuro para un mejor mañana. Esto implica hacer planes para los días venideros. Jesús de Nazaret contó una parábola para enseñarles a sus discípulos y discípulas acerca de la importancia de vivir de manera responsable, tanto en el presente como en el futuro. "En el reino de Dios pasará lo mismo que sucedió una noche en una boda. Diez muchachas tomaron sus lámparas de aceite y salieron a recibir al novio. Cinco de ellas eran descuidadas, y las otras cinco, responsables. Las cinco descuidadas no llevaron aceite suficiente, pero las cinco responsables llevaron aceite para llenar sus lámparas de nuevo” (Mateo 25:1-13). El final de la metáfora concluye que solo las cinco jóvenes responsables pudieron compartir con el novio porque ellas hicieron provisión para el futuro.

El pensar, sentir y actuar de manera responsable también implica el ser personas sabias al seleccionar a quienes puedan asumir posiciones de liderazgo dentro de la comunidad. Al elegir a una persona que carezca de las competencias necesarias para triunfar en esa posición necesitamos estar conscientes que compartimos la responsabilidad de sus desaciertos. “Antes de nombrar a alguien como líder, piénsalo bien. Porque si esa persona hace algo malo, tú serás

también responsable de lo que haga” (1 Timoteo 5:22). Este sentido de responsabilidad se acentúa aun más por el hecho de que no sólo respondemos antes otros seres humanos, sino que, también rendimos cuenta ante nuestro Creador. “Nada de lo que Dios ha creado puede esconderse de él, pues Dios puede verlo todo con claridad, y ante él seremos responsables de todo lo que hemos hecho” (Hebreos 4:13).

Al igual que las demás fortalezas la responsabilidad es una habilidad que puede desarrollarse y pulirse a través de la práctica y del ejercicio disciplinado. Como personas comprometidas con un vivir y convivir ético decidimos pensar, sentir y actuar con un gran sentido de responsabilidad por nuestra existencia pasada, presente y futura. Este vivir es cónsono con la necesidad de ser transparentes en cada una de las dimensiones humanas.

La fortaleza de la honestidad habla de la genuinidad, autenticidad, veracidad e integridad de una persona o comunidad. El ser genuino y auténticos indica una firmeza de carácter que trasluce cada aspecto de nuestras vidas. Es decir, nuestro pensar, sentir, actuar y convivir ocurre dentro de un continuo que tiene como eje los mismos principios y valores. Aun cuando nos moldeamos al contexto geográfico y socio cultural en esencia el carácter es el mismo. El ser genuino y auténtico también hace referencia a la transparencia que ha de caracterizar a cada una de nuestras interrelaciones y transacciones.

Ahora el ser veraz implica por un lado el estar comprometido a decir la verdad y, por el otro, el hablar bien de los demás. El Pastor Dietrich Bonhoeffer (1995), un pastor y teólogo alemán quien fue ejecutado en 1945 por el gobierno Nazi debido a su oposición a las atrocidades que Adolfo Hitler estaba cometiendo, argumenta que la veracidad es una realidad contextual y que la obligatoriedad de decir la verdad está ligada al tipo de relación que se tenga con la persona con quien se habla. El Pastor Bonhoeffer postulaba que una persona no tiene ninguna obligación a decirle la verdad a autoridades impías quienes usarían esa información para seguir cometiendo hechos de maldad. Esta postura del Reverendo Bonhoeffer tiene su fundamento bíblico. Por ejemplo las parteras hebreas, Sifrá y Fuvá, quienes decidieron colocarse al lado de la justicia al no proceder como les había ordenado el Faraón egipcio. La orden fue, “Cuando ayuden a las hebreas en sus partos, fíjense en el sexo: si es niño, mátenlo; pero si es niña, déjenla con vida. Sin embargo, las parteras temían a Dios, así que no siguieron las órdenes del rey de Egipto sino que dejaron con vida a los varones. Entonces el rey de Egipto mandó llamar a las parteras, y les preguntó: ¿Por qué han hecho esto? ¿Por qué han dejado con vida a los varones? Las parteras respondieron: Resulta que las hebreas no son como las egipcias, sino que están llenas de vida y dan a luz antes de que llegemos” (Éxodo 1:16-19).

Esta postura de una veracidad contextual como se encuentra en la Biblia, contradice las presuposiciones absolutistas de San Agustín (354-430) y de Immanuel Kant (1724-1804), quienes argumentaban que no había excepción y que las personas estaban en obligatoriedad a siempre decir la verdad. El relato que se encuentra en 1 Samuel deja ver que el principio de preservar la vida está por encima del decir la verdad. El texto dice que en una ocasión Dios le dijo a Samuel: “¿Cuánto tiempo vas a quedarte llorando por Saúl, si ya lo he rechazado como rey de Israel? Mejor llena de aceite tu cuerno, y ponte en camino. Voy a enviarte a Belén, a la casa de Isaí, pues he escogido como rey a uno de sus hijos. ¿Y cómo voy a ir? Respondió Samuel. Si

Saúl llega a enterarse, me matará. Lleva una ternera dijo el Señor, y díles que vas a ofrecerle al Señor un sacrificio” (1 Samuel 16:1-2).

El ser veraz y decir la verdad es un aspecto tan crucial para nuestra sociedad que la ausencia de ésta significaría un caos para la vida personal, interpersonal, económica, política y religiosa de este mundo. La desaparición de la veracidad comprometería la mera existencia del género humano. Al desmoronarse la honestidad en el hablar, el mismo uso del lenguaje no tendría sentido. El Apóstol Pablo nos invita a despojarnos de todo indicio de falsedad y engaño y a “vestirnos del nuevo ser, el cual, en la semejanza de Dios, ha sido creado en la justicia y santidad de la verdad. Por tanto, dejando a un lado la falsedad, hablad verdad cada cual con su prójimo, porque somos miembros los unos de los otros” (Efesios 4:24-25). Este convivir veraz implica el hablar la verdad pero siempre dentro del contexto del amor. “Hablad la verdad en amor a fin de que todos crezcamos a la estatura de Cristo (Efesios 4:15).

En el ministerio del cuidado pastoral y de consejería la veracidad es muy pertinente, en tanto, puede constituir la base para el desarrollo de la confianza, la cual, es un elemento esencial en el proceso terapéutico. Sin embargo, la veracidad puede representar un verdadero reto para los profesionales del pastoreo y de la consejería. Por un lado, está el compromiso con la confidencialidad y, por el otro, la tendencia a exagerar o estrechar la verdad. Este aspecto de “ayudar” a la verdad al presentar estadísticas o expresiones alarmantes para conseguir los propósitos de una causa, le ha hecho mucho daño a la comunidad pastoral y teológica. En este sentido estas exageraciones constituyen falsedades que corroen y ponen en entredicho el valor de la palabra verbal o escrita. El pastor Bonhoeffer (1995) asoma que la veracidad es una fortaleza que se puede aprender sobre todo a través del actuar reflexivo. No tiene sentido el decirle a una persona lo que estamos pensando de ella si esto no iría para su beneficio. El centro de este discurso es que hablemos con la verdad pero con la intención de hacer bien y nunca de humillar.

El ser íntegro además de hablar con veracidad implica el vivir a la altura de los valores e ideales que hemos decidido abrazar. Tanto la consistencia de nuestro vivir como la congruencia entre lo que decimos y vivimos pueden reflejar el grado de integridad que hayamos desarrollado en nuestras vidas. Una persona íntegra es aquella en quien podemos confiar porque además de vivir a la altura de sus dichos nos inspira a proseguir nuestras mejores aspiraciones. Esto no significa que siempre hay una congruencia en las personas íntegras, sino que podemos depender y predecir sus comportamientos ya que la mayoría de las veces tienden a actuar con coherencia. El Apóstol Pablo le recomendaba a su discípulo Tito que viviera una vida congruente y que al formar diera ejemplo “con sus buenas obras y enseñara con integridad y seriedad” (Tito 2:7). Oremos con el Salmista al decir, “Instrúyeme, Señor, en tu camino para conducirme con fidelidad. Dame integridad de corazón para temer tu nombre” (Salmos 86:11, NVI).

La fortaleza de la lealtad o fidelidad tiene que ver con el nivel de afiliación y tipo de relaciones que desarrollamos a través del curso de la vida con otras personas y comunidades. La lealtad constituye el asidero cardinal de toda relación humana. Sin embargo, conviene mantener en mente que una persona puede ser fiel o leal a una causa, comunidad o persona que tenga intenciones malélicas. Así que no solamente es importante ser leal sino también saber a qué o a quién somos fieles. El llamado es a ser fieles a las personas, ideas, comunidades y sociedades que están comprometidas con la felicidad de los demás, el desarrollo integral de las sociedades,

el manejo sabio de la naturaleza y el bienestar integral nuestro, pero, siempre dentro de un marco de justicia y amor. Fidelidad en el contexto de pareja puede también implicar exclusividad de derecho para compartir la vida íntima en todas sus dimensiones. Este tipo de fidelidad cuando está fundamentada en el amor puede estar conectada con seguridad, protección, sentido de felicidad y permanencia filial. El Profeta Oseas en un relato que puede interpretarse como metafórico le ofrece como dote a su novia su fidelidad (Oseas 2:19-21).

El ser leal habla del compromiso a permanecer al lado de una persona, comunidad o causa aún en medio de las adversidades y más arduos desafíos. Para nuestras culturas colectivistas la fidelidad entre los miembros del grupo o la comunidad constituye uno de los atributos más deseados. El sentido de comunidad y afiliación es tan central para la sobrevivencia y el florecimiento de las personas que ellas pueden ver la desincorporación o aislamiento del grupo como una forma de tortura psicológica. Es por esto que las personas ponen lo mejor de sí para demostrar su lealtad a la comunidad. La traición a las personas significativas y comunidades, dentro de estas culturas colectivistas, es uno de los “pecados” con mayores consecuencias existenciales.

En las relaciones profesionales, incluyendo la del pastorado y de la consejería, el ser fiel a los feligreses o consultantes implica el estar dispuesto a mantener la confidencialidad. Esto implica que las personas tienen derecho a la privacidad y a decidir con quien compartir la información o detalles de sus vidas. Una persona profesional del pastorado y de la consejería ha de asegurarle a las personas consultantes que está dispuesta a mantener la confidencialidad al no distribuir la información dada sin el debido permiso o autorización de ellas. Este aspecto de prometer el resguardo de la información compartida parece que es central para el desarrollo de la confianza y, también, para la relación positiva entre la persona profesional y la persona consultante. La promesa de mantener la confidencialidad no es absoluta, la misma tiene sus excepciones incluyendo la revelación de abusos a menores, la intención declarada de cometer un homicidio, abuso a personas adultas vulnerables, la intención declarada de cometer suicidio y la revelación del uso de una enfermedad contagiosa para hacer daño a otras personas. En sí el ser fiel a las personas envuelve el buscar lo mejor y el bienestar total para ellas.

La fortaleza de la beneficencia es un atributo observable en las personas quienes, además, reconocen que cada acción que ellas hagan ha de estar enmarcada en pro del bienestar de los demás. La beneficencia tiene una naturaleza proactiva en el sentido de que las personas de manera voluntaria y altruista buscan hacer el bien a sus semejantes y comunidades. Esto también implica que los profesionales se comprometen a usar sistemas de evaluación integral e intervenciones con bases científicas que puedan conducir a la sanidad y al crecimiento holístico. Una persona profesional con la fortaleza de la beneficencia reconoce sus limitaciones y su particular experticia dentro del campo profesional, y está listo a referir cuando el caso lo amerita.

El anhelo de las mayorías de los seres humanos es vivir de manera significativa y floreciente. Por supuesto hay una amplia brecha entre el deseo de alcanzar la felicidad y la realidad de lograrla. Lo cierto es que hombres y mujeres a través de las edades han vivido vidas abundantes. Hoy podemos saborear una vida que importe y que haga la diferencia al decidir vivir con un sentido elevado de responsabilidad social y compromiso ético. Al hacer uso de las fortalezas ético-morales con las cuales hemos sido dotados podemos comenzar a experimentar la vida plena aun en medio de condiciones negativas y desesperanzadoras. La novelista Kate DiCamillo (2006) en

su libro “The Tale of Despereaux” (El valiente Despereaux) escribe acerca de un ratón que le tocó vivir en un momento histórico donde tanto las personas como los animales vivían tristes, malhumorados y desesperanzados. En ese mundo abundaba la mediocridad, el ventajismo, la miseria, la corrupción y las fricciones entre los diferentes grupos que componían esa sociedad. Ese mundo cambió completamente cuando un ratoncito llamado Despereaux Tilling decide vivir de manera distinta. Este ratón tenía una apariencia física muy particular, pequeño de estatura y con orejas y ojos considerablemente grandes. Quizá un intento de la escritora, de expresar la idea de que para hacer la diferencia en la vida de las personas se necesita primero escuchar y mirar con agudeza las realidades de ellas. Además Despereaux tenía un carácter que lo diferenciaba de sus congéneres. Le gustaba leer los libros antes que comérselos y vivía soñando en un mundo mejor. Los padres, familiares y demás amistades estaban sorprendidos por la valentía y espíritu emprendedor que este ratoncito tenía.

El pequeño Despereaux decide explorar el mundo de los ratones, de las ratas y de los seres humanos, dándose cuenta de que estos seres están sumidos en la miseria, el conformismo y el fatalismo. En el fondo parecía que estos seres habían perdido su sentido de identidad y carecían de cualquier vestigio de esperanza. Este espíritu permeaba cada institución de esa sociedad incluyendo la escuela donde los maestros y maestras, consistentemente, intentaban inculcar a Despereaux con esos valores pesimistas y destructivos. Este ratoncito insumiso y armado de las fortalezas de la valentía, la veracidad, la responsabilidad y la beneficencia se embarcó en una misión liberadora, tanto para los suyos como para los seres humanos. Él decide mirar con ojos esperanzadores y ver posibilidades donde los demás veían simplemente obstáculos. Su abordaje empoderador regresó a los demás la capacidad de soñar y de anhelar. Él decía, “nadie puede ser prisionero mientras mantenga viva la esperanza”. El trabajo liberador de Despereaux no fue fácil, su propia familia lo dejó sólo, y el concilio de sabios o corte suprema lo encontró culpable del crimen de tratar de construir un puente entre el mundo de los ratones y el de los seres humanos. Despereaux fue aislado y enviado a prisión junto a las ratas, los ratones y los seres humanos más despreciados de la sociedad, pero, aun allí, su espíritu optimista y creativo le permitió sobrevivir y florecer. En ese mundo donde abundaba la oscuridad se encontró con una rata también soñadora llamada Roscuro quien anhelaba una vida distinta pero era una prisionera de las heridas de la culpabilidad y del resentimiento. Roscuro tenía buenas intenciones pero su búsqueda de satisfacción a sus propios intereses no le permitía mirar más allá de sus necesidades. Era por esto que Roscuro podía ser manejado por el dictador del calabozo y de las oscuridades.

La historia termina con Despereaux, a través de su honestidad, lealtad, valentía y sentido amplio de beneficencia, logrando la liberación y transformación del mundo. “Los héroes no aparecen hasta que el mundo realmente los necesita”. Hoy más que nunca necesitamos a héroes y heroínas quienes movidos por el bien y el deber decidan ser embajadores y embajadoras de la esperanza. Hoy es el día de la liberación. “Entonces oí la voz del Señor que decía: ¿A quién enviaré? ¿Quién irá por nosotros? Y respondí: Aquí estoy. ¡Envíame a mí!” (Isaías 6:8). ¿Cuál es tu respuesta?

Paz,

Esteban Montilla

Referencias:

Dietrich Bonhoeffer (1995). *Ethics*. New York, NY: Touchstone Press.

Kate Dicamillo (2006). *The Tale of Despereaux*. Somerville, MA: Candlewick Press